

y quebrantó mis cadenas;
la misma que tantas almas
esclavizó a su belleza,
y cuyos ojos, si miran,
no hay corazón que no venzan.
Patria, familia y cariños
me robó la suerte adversa;
cariños, familia y patria
todo lo he encontrado en ella.
Mira el maternal esmero
con que ampara mi flaqueza,
y la incansable ternura
con que mi ventura anhela.
Cuando risueña me llama,
cuando consigo me lleva,
cuando en su falda me halaga,
cuando amorosa me besa,
tal hay que trocara entonces
por mi humildad su soberbia,
y por mi atezada sombra
sus bellos colores diera.
Excusa, pues, de decirme
que desdichada me crea:
¿Yo desdichada? No hay nadie
que pueda serlo a par de ella.”
¡ Oh, bien hayan tus palabras!
¿Conque no siempre se cierran
del poderoso en el templo
a la humanidad las puertas?
Crece, dulce criatura,
vive, y monumento seas
donde de tu amable dueño
las alabanzas se extiendan;
monumento más hermoso
que el que a la vista presentan
los soberbios obeliscos,
las pirámides eternas.
Así tal vez arrancada
vi de la materna cepa
con la agitación del cierzo
la vid delicada y tierna,
y a los firmes pies llevada

de la palma que descuella,
levantando por los aires
Su bellísima cabeza;
allí piedad, allí asilo,
allí dulce arrimo encuentra,
allí sus vástagos crecen
y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
con lazo amante se estrecha,
y el viento dando en sus hojas
himnos de alabanza suena.

NOTE - Per il testo seguiamo l'ed. di Albert Derozier
(Madrid, Castalia, 1969).
Metro: romance (successione di ottonari assonanzati in
sede pari).

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

EL SÍ DE LAS NIÑAS

ESCENA XI
DOÑA IRENE, D. DIEGO

DOÑA IRENE
Conque, señor Don Diego, ¿es ya la de vámonos?...
Buenos días... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*)
¿Reza usted?

DON DIEGO
(*Paseándose con inquietud.*) Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE
Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el
chocolate, y que avisen al mayoral para que
enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted,
señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO

Sí; no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE

Pues ¿qué?... Dígalo usted, por Dios... ¡Vaya, vaya!...
No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera
cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde
el último mal parto que tuve, quedé tan sumamente
delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve
años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo,
cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni
caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos ⁽¹⁾;
nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de
conservas... Hay otra cosa más importante de que
tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre para que
todo esté a la vela y no haya detención.

DON DIEGO

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni
alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo
diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando más
lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo
está; y bastaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO

¡Ese vicio maldito de interrumpir a cada paso!
Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE

NOTE - Per il testo seguiamo l'ed. di René Andioc,
Madrid, Castalia, 1975.

⁽¹⁾ Conserva de tamarindos: come i precedenti è rimedio
contro la stitichezza.

Bien, vamos, hable usted.

DON DIEGO

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE

¿Qué dice usted?

DON DIEGO

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE

Pero, ¿quién le ha contado a usted esos disparates?

DON DIEGO

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ése?

DOÑA IRENE

(Llora.) ¡Pobre de mí!

DON DIEGO

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO

Señora Doña Irene...

DOÑA IRENE

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DON DIEGO

Mire usted, señora, que se me acaba la paciencia.

DOÑA IRENE

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador ⁽²⁾ y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO

Pero ¿es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirle?

DOÑA IRENE

¡Ay! No, señor; que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DON DIEGO

Señora Doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos, y luego que usted sepa lo que hay, lllore y gima, y grite y diga cuanto quiera... Pero, entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO

Que no volvamos otra vez a llorar y a...

DOÑA IRENE

No, señor; ya no lloro. *(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)*

DON DIEGO

Pues hace ya cosa de un año, poco más o menos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y, por último, existe en ambos

una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente a hacerla mayor. En este supuesto...

DOÑA IRENE

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO

Volvemos otra vez a lo mismo... No, señora; no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Conque la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes ⁽³⁾, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... ¡Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor desliz!

DON DIEGO

Aquí no se trata de ningún desliz, señora Doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razón. *(Saca el papel de Don Carlos y se le da a Doña Irene. Ella, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase Don Diego y procura en vano contenerla.)*

(2) Comisario ordenador: commissario capo.

(3) Reviernes: i sette venerdì successivi alla Pasqua.

DOÑA IRENE
¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO
Pero ¿a qué es llamarlas?

DOÑA IRENE
Sí, señor; que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON DIEGO
Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a quien se fía de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII
DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE,
D. DIEGO

RITA
Señora.

DOÑA FRANCISCA
¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE
Sí, hija, sí; porque el señor Don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son éstos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice? *(Presentando el papel abierto a Doña Francisca.)*

RITA
(Aparte a Doña Francisca.) Su letra es.

DOÑA FRANCISCA
¿Qué maldad!... Señor Don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO
Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí. *(Tomando de una mano a Doña Francisca, la pone a su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... *(Quitándole el papel.)* Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA
Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO
Pues éste es el papel que tiraron a la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. *(Lee.)* Bien mío: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no expiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo Don Carlos, no Don Félix. Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.- *Carlos de Urbina.*

DOÑA IRENE
¿Conque hay eso?

DOÑA FRANCISCA
¡Triste de mí!

DOÑA IRENE
¿Conque es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí. *(Se encamina hacia Doña Francisca, muy colérica, y en ademán de querer maltratarla. Rita y Don Diego lo estorban.)*

DOÑA FRANCISCA
¡Madre!... ¡Perdón!

DOÑA IRENE
No, señor; que la he de matar.

DON DIEGO
¿Qué locura es ésta?

DOÑA IRENE
He de matarla.

ESCENA XIII
D. CARLOS, D. DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA
FRANCISCA, RITA

(Sale Don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a Doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.)

DON CARLOS
Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA
¡Carlos!

DON CARLOS
(A Don Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE
¿Qué es lo que me sucede, Dios mío? ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas?... ¡Qué escándalo!

DON DIEGO
Aquí no hay escándalos... Ése es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer. *(Se abrazan Don Carlos y Doña Francisca, y después se arrodillan a los pies de Don Diego.)*

DOÑA IRENE
¿Conque su sobrino de usted?

DON DIEGO

Sí, señora; mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO

Sí, prendas de mi alma... Sí.
(*Los hace levantar con expresión de ternura.*)

DOÑA IRENE

¿Y es posible que usted se determina a hacer un sacrificio?...

DON DIEGO

Yo pude separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita!... ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS

Si nuestro amor (*Besándole las manos.*), si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE

¡Conque el bueno de Don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO

Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece, y éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor; venga usted, que quiero abrazarle. (*Abrazando a Don Carlos, Doña Francisca se arrodilla y besa la mano a su madre.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millón de besos. (*Se besan Doña Francisca y Rita.*)

DOÑA FRANCISCA

Pero ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO

Paquita hermosa (*Abraza a Doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos a Doña Francisca y a Don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazón; el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquél... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO

Hijos, bendita sea la de Dios.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

SONETO

Bajas de la cascada, undosa fuente,
con armonioso estrépito sonoro;
y en lecho de cristal y arenas de oro
forma quieto remanso tu corriente.

En tu emboscada margen, puro ambiente
une sus blandas quejas al canoro
himno, que de las aves alza el coro,
y al eco en torno resonar se siente.

Salve, mansión que mis delicias fuiste,
regalo de mi alma enamorada,
templo otro tiempo de la gloria mía:

Vuelvo a encontrarte desdeñado y triste,
y en desventuras mirarás trocada
la dicha que gozar me viste un día.

de EL DIABLO MUNDO

CANTO II ⁽¹⁾

A TERESA

DESCANSA EN PAZ

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno!

NOTE - Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Poéticas Completas* a c. di J.J. Domenchina, Madrid, Aguilar, 1972.

Soneto: ABBAABBACDECDE.

Canto a Teresa: octavas reales (di endecasillabi, secondo lo schema ABABABCC).

⁽¹⁾ Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo sin escrúpulos el que no quiera leerlo, pues no está ligado en manera alguna con el poema. (*N. del A.*)